

El influjo de Monfrague

En Monfrague, hace miles de años, el hombre buscó el refugio en las cuevas y dibujó sobre las rocas animales, números, sueños y temores. También escaló el hombre roquedales para dejar su huella y sus pinturas. Miles de dibujos, miles de pinturas rupestres que ahora estudian los arqueólogos con admiración.

Por esos montes rocosos, junto a las limpias aguas del Tajo, llegaron posteriormente celtas y romanos y árabes y cristianos que durante siglos compartieron y disputaron esos territorios verdes en los que abunda la encina, el madroño, el quejigo, los fresnos y los arces.

En territorio tan escarpado e inaccesible han encontrado protección numerosas especies de aves que confían en la soledad de esas cumbres para tener a sus crías. Por ello, habitan en el cielo de Monfrague las mayores colonias que puedan contemplarse de buitres negros o águilas imperiales ibéricas. Además, el viajero que llega a Monfrague tiene la ocasión de contemplar el vuelo de cigüeñas negras, de águilas calzadas, búhos reales, buitres leonados, elanios azules, garzas imperiales...

Es un festín para la vista levantar los ojos y encontrar que el cielo no es un lienzo azulado y estático, sino un ir y venir de especies que conservan la vida por haber fijado su hábitat en lugares de difícil acceso y alejados del gentío, lo mismo que hicieron en siglos pasados las cuadrillas de bandoleros que se escondían en estas sierras. Tanta protección gozaban ahí los bandoleros que el rey Carlos III decidió poner freno al libre albedrío y mandó levantar para tal menester el poblado de Villarreal de San Carlos, que en estos tiempos de menor bandolerismo usamos como centro de interpretación para los miles de visitantes que cada año acuden a Monfrague.

Para los que nos gusta frecuentar este hermoso escaparate del bosque mediterráneo hay una inocente distracción que de cuando en cuando gustamos practicar. Se trata de bajar los ojos a tierra y contemplar, no el vuelo de las majestuosas rapaces, sino la cara de asombro y admiración que pone cualquier visitante que por vez primera se adentra en este rincón privilegiado para contemplar la avi-

fauna, los humildes reptiles o la elegante belleza de orquídeas y peonías.

Este año Monfrague está de aniversario. El monte fragoso de los antiguos romanos, fue el primer espacio protegido que tuvo Extremadura. En abril de 1979, la Junta de Extremadura declaraba parque natural a 17.852 hectáreas y por tanto se cumplen ahora 25 años de tal decreto.

Como en cualquier cumpleaños que se precie sería conveniente ofrecer un regalo al parque natural. Habría que pensar en un regalo bello y práctico a la vez. También sería deseable que ese regalo pudiera ser compartido por los 300.000 visitantes que cada año llegan al parque en busca de una cita con el bosque mediterráneo. El regalo idóneo debería ofrecer también planes de mejora para el futuro así como la posibilidad de que personas de toda procedencia pudieran conocer la existencia de este enclave que tanto nos apasiona a los que tenemos la dicha de conocerlo.

Con todas esas pistas no cabe la menor duda de que el regalo de cumpleaños para Monfrague sería su declaración como Parque Nacional.

Ese fue un deseo que formulé a la ministra Cristiana Narbona pocas semanas después de que se hiciera cargo del Ministerio.

A partir de ese momento, técnicos del Ministerio y de la Junta de Extremadura se pusieron manos a la obra para desbrozar el camino, para que Monfrague sea el primer espacio natural de Extremadura que se incorpora a la Red de Parques Nacionales.

Creo que merece la pena que este patrimonio tan singular sea reconocido y disfrutado no sólo por los extremeños sino por todos los ciudadanos amantes de respetar y proteger parajes que nos enseñan la vida en sus más variadas y hermosas facetas.

Creo que entre todos podremos ofrecer a Monfrague ese regalo de cumpleaños. ☞

José Luis Quintana Alvarez
Consejero de Agricultura y Medio Ambiente
Junta de Extremadura